

---

## La lección de Mary Beth

Cuando tuve noticia por primera vez del caso de la bebé M., lo estaban presentando como un cuento preventivo sobre los riesgos de la alta tecnología biológica. En realidad, sólo se utilizaron un vaso limpio y una jeringa para la casta transferencia de semen de Bill Stern a la madre alquilada, Mary Beth Whitehead, de Bricktown, New Jersey. Lo que estaba en juego no era tanto la alta tecnología como una variante de la más baja economía. La bebé M. había sido producida, para decirlo de alguna manera, para la venta. Y la revelación económica era que ninguna de las dos partes de esta transacción non-sancta pensaba que diez mil dólares fuese un mal precio a pagar —o recibir— por un pequeño, pero perfecto, ser humano.

Yo archivé mentalmente la historia bajo el rubro de "injusticia de clase". Bill y Betsy Stern, los "compradores" en este caso, están en el extremo alto del espectro de clase —son profesionales con dos salarios para quienes adquirir un bebé debe ubicarse financieramente cerca de la compra de un segundo aparato de sonido. Mary

Beth Whitehead y su entonces marido Rick representan a la clase proletaria en decadencia, donde escasea el trabajo seguro y abundan las deudas. El caso de la bebé M. mostró cuánto se han apartado estos dos grupos —al punto de que los niños de la clase asalariada se vuelven compras a discreción para la clase de los *yuppies*.

El otro ángulo que pronto apareció fue el de la injusticia de género. Desde el punto de vista biológico, la bebé M. es hija de Mary Beth y Bill, como si hubiera sido concebida por una pasión adúltera en un motel local.

Pero cuando Mary Beth decidió romper el contrato y conservar a la bebé, descubrió que la corte no la consideraba una mamá —y apenas la veía como a un ser humano. Para los medios de comunicación de masas, era sólo una "madre alquilada", aunque hubiera dotado a la bebé con sus genes, la hubiera llevado a término y la hubiera criado durante cuatro meses. Para el psicólogo mundialmente reconocido Lee Stalk, que atestiguó a favor de los Stern, Mary Beth no era una madre, sólo "un útero alquilado".

Ese tipo de discurso no les cae bien a las mujeres, y durante los procedimientos judiciales cientos de ellas, desde Gloria Steinem hasta las vecinas proletarias de los

Whitehead estuvieron de parte de Mary Beth. El punto parecía bien definido: si Mary Beth perdía y la práctica del alquiler recibía la bendición de la ley, se abriría el camino a la explotación masiva de mujeres pobres en el servicio de rentar sus úteros.

Pero a pesar de lo mucho que nos afectaban las dimensiones de clase y género, a pesar de lo mucho que simpatizábamos con la mujer a la que se le había arrebatado, casi literalmente, del pecho a su bebé, había una pequeña pregunta traicionera que nos roía por dentro. Es la misma pregunta que aparece silenciosamente en mi cabeza cada vez que veo las facciones golpeadas de Hedda Nussbaum: para empezar ¿cómo es que una mujer aparentemente sana, una mujer con un trabajo asalariado o un ama de casa, se mete en un problema así? ¿Qué tipo de mujer, en particular, hace un contrato para tener y vender un hijo?

Desgraciadamente el libro *A Mother's Story*, que cuenta la vida de Mary Beth a lo largo del caso de la bebé M. y hasta su segundo y reciente matrimonio, se caracteriza por el tono chato y distraído de una historia "contada por", así que requiere algo de esfuerzo por parte del lector llegar a conocerla y empezar a comprender sus motivaciones. Nacida la sexta y aparentemente no la más favorecida

de ocho hijos, conquistó un lugar en la familia haciéndose cargo de sus hermanos.

A una edad donde la mayoría de las jovencitas está coleccionando álbumes de Bon Jovi o su equivalente generacional, ella descubrió la maternidad como una opción y dejó de estudiar la secundaria. En poco tiempo conoció a Rick Whitehead, que acababa de regresar de Vietnam con un problema de alcoholismo y un futuro magro como chofer de camión. Casarse con él fue como hacer un voto de pobreza: el marido perdía los trabajos, deshizo el coche familiar y gastó muchas noches haciéndole la corte a la amnesia en los bares locales.

Después de dos hijos y la vasectomía de Rick, Mary Beth, de veintinueve años, desarrolló un caso prematuro del "síndrome del nido vacío". Su hijo había sido enviado a vivir con sus abuelos en Florida, donde las escuelas parecían adaptarse mejor a él que las de Nueva Jersey, y Mary Beth se había quedado sólo con una criatura (y con Rick) para criar. Mary Beth necesitaba un proyecto, y un anuncio en el periódico, puesto por Noel Keane, el empresario en "maternidades alquiladas", le pareció la respuesta.

¿Por qué no un trabajo, o un intento por estudiar la secundaria

abierta? Mary Beth no es muy dada al autoanálisis, pero dos cosas destacan. Una, ella no entendió que una madre alquilada es la verdadera madre genética. A lo largo de los meses de inseminaciones con el esperma de Bill Stern —que se producía para tenerlo fresco en cada ocasión mientras Mary Beth esperaba en otro cuarto— ella pensó que le estaban inyectando óvulos fertilizados por cortesía de Bill y Betsy Stern. Sólo durante los dolores del parto se dio cuenta de que ella había sido la verdadera madre biológica desde el principio. Aunque sólo fuera para eso, *A Mother's Story* debería servir como un argumento potente a favor de la educación sexual.

La segunda, y para mí la más sorprendente, característica de su decisión fue que ella parece haber estado menos motivada por el dinero que por un sentimiento que ella describe como “religioso”. No creo que esto mitigue la injusticia económica de la situación: las mujeres ricas —las que pertenecen a la misma categoría socioeconómica que Betsy Stern, por ejemplo— no eligen alquilarse como madres cuando necesitan un cambio en sus vidas. Mary Beth menciona la distante circunstancia de que habría que pagar la colegiatura universitaria de sus hijos, pero básicamente —y éste es quizá el se-

creto más triste en el libro— eligió alquilarse porque quería *complacer*.

Ni siquiera lo formula así. Y no lo digo para aumentar el peso del juicio psiquiátrico de que ha sido objeto Mary Beth a manos de los “expertos” pagados por los Stern, quienes rebajaron sus profesiones atestigüando que ella era, entre otras cosas, “inmadura, narcisista, impulsiva e histriónica”.

Por el contrario; aunque Mary Beth no se pensara engrandecer en esto términos, parece haber decidido tener el hijo de otras personas porque era hacer algo noble y generoso, tal vez la opción más noble y generosa que se le podía presentar a una mujer de medios limitados y aún más limitadas expectativas.

Entonces ¿por qué no cumplió hasta el final con el contrato ni entregó a la bebé sin líos? En parte por la realidad amorosa de la bebé. Pero la respuesta de los Stern al “regalo” casi religioso que ella les hacía de su carne y de su sangre fue tal vez más decisiva: “Cuando llegaron a mi cuarto en el hospital parecían fríos y lejanos. Parecía que lo único que les importaba era llevarse a mi bebé, irse y olvidarse de que yo existía”.

Mary Beth se había imaginado que estaba estableciendo una relación humana profunda con los Stern, sellada con la más preciosa

ofrenda que un ser humano puede hacerle a otro. Pero para los Stern, prototipos de la racionalidad clasesmediera, un trato era un trato: Tú tomas el dinero, nosotros nos llevamos a la bebé y se acabó el asunto.

Su frialdad le restaba toda la gloria al gesto magnánimo de Mary Beth. Pero, extrañamente, no destruyó su idea de cómo las personas relacionadas por el parentesco —aunque fuera alquilado— deberían comportarse entre sí. Al principio no podía comunicarles su decisión de conservar a la bebé, en la medida en que se había ido dando cuenta de que “iba a dejar que dos extraños se llevaran a mi hija sólo porque no podía lastimarlos”. Aún en el punto álgido de los procedimientos judiciales, Mary Beth lamentaba “haber llegado hasta este punto. Y que todos estemos sufriendo tanto”.

Sólo en retrospectiva, al hablar de los puntillosos silencios de Bill cuando iban juntos a las sesiones de inseminación, se logró dar cuenta de que “lo que yo consideraba una amistad era sólo una relación económica para él”.

Para los expertos psiquiátricos que atestiguaron a favor de los Stern, el deseo de Mary Beth de conservar a la bebé a pesar del contrato que había firmado era un ejemplo de pensamiento mágico,

lo cual implica que se trata de una mentalidad primitiva e irracional. Pero no podemos sino concluir que fueron los Stern los culpables de creer en la magia: la idea de conseguir un bebé por dinero, fríamente y sin sangre, es una fantasía *yuppie* de lo más actual. También es una idea vieja como los cuentos de hadas en los que se concede un deseo por el capricho de una bruja. El razonamiento de Mary Beth, donde los lazos humanos cuentan más que el dinero o la ley, era más humano y, en última instancia, más racional.

Los Stern ganaron, obviamente. En parte por la renuencia inicial de Mary Beth a lastimarlos, ganaron la ventaja legal —y a la bebé. Pero en un sentido más amplio, el triunfo fue de Mary Beth. En una apelación a la Suprema Corte fue reconocida como la madre legal de la bebé M. y le fueron concedidos amplios derechos de visita. Algo más importante aún es que la práctica de la “maternidad alquilada” fue considerada ilegal en New Jersey, y casi enseguida en otros cinco estados.

Este no era el regalo noble y generoso que Mary Beth Whitehead se había propuesto otorgar. Pero a final de cuentas, es lo que, tanto con sus errores originales como con su determinación final, nos ha acabado dando a todos: una comprensión renovada de que el

valor de la vida humana no puede ser negociado por contrato ni contabilizado en efectivo. Es por eso que su historia merece ser leída.

Mary Elizabeth Whitehead *A Mother's Story*, Ed. St. Martins Mass Market, 1990.

**Barbara Ehrenreich**